

## CONFLICTO POLITICO Y POLITICA DE LA RAZA EN LOS ESTADOS UNIDOS\*

**David O. Sears**

Univ. de California. Los Angeles

---

### RESUMEN

Actualmente y a lo largo de su historia el conflicto étnico en EE.UU. más difícil es el de los afroamericanos. Sus seis etapas históricas, desde la trata de esclavos del siglo 17, se diferencian en las relaciones raciales, el sentimiento público y político y su papel en la política. El racismo de hoy que subyace en la oposición a las políticas raciales, los candidatos negros y en otros temas políticos combina las actitudes raciales con otros valores no raciales. Un análisis de cuestiones como el transporte escolar apoya la noción de que las actitudes raciales en los EE.UU. actualmente no se deben a los efectos de dichas políticas en las vidas privadas de los votantes, sino más bien a lo que ellas representan. Aunque a lo largo de la historia americana se ha avanzado mucho en las relaciones raciales, el futuro es incierto debido a la difícil situación económica, la confusión nacional y la resistencia a políticas específicamente dirigidas hacia las minorías.

### ABSTRACT

The most difficult ethnic conflict in the U.S. at present, and throughout its history, concerns African-Americans. Its six historical periods, dating from the 17th century slave trade, were each distinctive in terms of race relations, public sentiment and policy, and the role of race in politics. Racism today arguably underlies opposition to racial policies, black candidates, and many other domestic policies, in a form that combines simple anti-black attitudes with other nonracial values. An examination of issues such as school busing supports the notion that racial attitudes in the U.S. today are not rooted primarily in the effects of those policies on voters' private lives but rather in what they symbolize. While many gains in race relations are evident over the course of American history, the future is made uncertain by the poor economic situation, a national disarray, and resistance to policies specifically targeting minorities.

---

Mi propósito aquí es exponerles algunas reflexiones sobre el Conflicto Étnico en Estados Unidos, haciendo especial hincapié en cómo influye en la política. Es necesario tener en cuenta que la discusión sobre este tópico es

---

\* Traducción del inglés por Rocío Romero

como la vieja historia del hombre ciego que palpa a un elefante: puede describirse de muchas maneras dependiendo de la perspectiva de cada uno, y estos comentarios reflejaran la mía, aunque también refleja la investigación realizada por un serie de científicos sociales contemporáneos.

### **Perspectiva Histórica**

Comenzaré haciendo una breve historia para centrar la atención en la experiencia histórica de los afroamericanos en particular. Es esa experiencia la que ha dado como resultado el conflicto étnico más problemático.

Para mayor claridad puede ser dividida en seis períodos históricos. El primero se inicia en los comienzos de la esclavitud en el siglo XVII hace casi cuatro siglos. Mientras los sirvientes blancos contratados se integraban rápidamente en la sociedad, al igual que otros grupos emigrantes minoritarios como los católicos, cuáqueros, franceses, hispanos, holandeses, los africanos no. Incluso en los momentos más centrales de la construcción de la nación, a finales del siglo XVIII, a los afro-americanos se les dio en la constitución un tratamiento especial; se les concedieron como a las mujeres y a los niños sólo algunos derechos, pero a diferencia de estos se les considero como inferiores a un ser humano.

Medio siglo después surgió un gran movimiento de protesta con los abolicionistas, que protestaban firmemente por el tratamiento que se les daba a los esclavos (a partir de este momento ya no africanos, sino afroamericanos). Dos décadas después nuestra Guerra Civil llevó a la emancipación de los esclavos y a numerosos actos revolucionarios que ahora se engloban dentro del término de Reconstrucción. Pronto, sin embargo, el Compromiso de 1876 puso fin a todo esto, y restauró el sistema de la supremacía blanca en el Sur, con la excepción de la emancipación en sí misma (y algunas enmiendas constitucionales cuya legalidad no surtió efecto hasta casi un siglo después). A pesar del continuismo en el trato de esclavos y sus descendientes libres, es convencional analizar separadamente los períodos pre y post de la Guerra Civil.

Se produjeron pocos cambios durante los siguientes setenta años. Pero la publicación de *The American Dilemma* de Gunnar Myrdal en 1944 marca el comienzo del tercer período, una era importante de cambio en las relaciones raciales americanas. Durante los siguientes veinticinco años, el sistema sureño de la supremacía racial blanca y la segregación formal fue erradicada de

modo efectivo. Se recordarán algunos ejemplos de la naturaleza de los cambios producidos. Cuando Myrdal publicó su libro, irónicamente en medio de una guerra que se concibe ahora como una respuesta democrática contra el racismo, consideraba que las instituciones americanas estaban segregadas racial y formalmente en esferas de vida o todo blancas o todo negras: las fuerzas armadas, las cámaras legislativas federales, todos los deportes profesionales (incluidos el beisbol y el baloncesto), los colegios públicos del Sur desde guarderías hasta los programas de doctorado y, en general, el derecho al voto y las oficinas públicas de empleo del Sur. En los siguientes veinticinco años, todo el sistema de segregación dominante durante más de tres siglos desapareció de forma efectiva.

En el curso de esta erradicación, también cambió drásticamente el papel de la raza en la política. En 1960, tan tarde, la opinión pública no consideraba como distintos, a los dos grandes partidos políticos norteamericanos, respecto a los temas que rodeaban a la privación sistemática de la minoría racial. Pero un breve período de intensa actividad, aproximadamente desde 1962 a 1965, marcado por el apoyo tardío de la Administración Kennedy al movimiento de los Derechos Civiles, la gestión en la legislación de los Derechos Civiles realizado por el sucesor de Kennedy, Lyndon B. Johnson, y la oposición encubierta a éste por el Senador Republicano Barry Goldwater en 1964, polarizó hábilmente por primera vez en casi una centuria a los dos partidos respecto del problema de la raza<sup>1</sup>. La Legislación Marco de los Derechos Civiles surgió en esta pequeña apertura, bajo el liderazgo del Partido Demócrata que tenía una dominancia política inusual (dominancia que era el resultado de una bala asesina, y que nunca había sido conseguida por ningún partido), dicha legislación ha configurado las relaciones raciales en América desde entonces.

Un quinto período surgió casi inmediatamente, período de grandes tensiones raciales. El transcurso de la Legislación de Derechos Civiles, en 1964 y 1965, fue seguido rápidamente, irónicamente, por rebeliones a gran escala en los ghettos negros. Que yo sepa no se han producido rebeliones comparables a éstas por ningún otro grupo étnico en Estados Unidos. La primera, más extendida y más violenta ocurrió en Los Angeles, fue la revuelta de los Watts en 1965, que duró casi una semana y costó 34 vidas (ver Sears y McConahay, 1973). Pero las siguientes, especialmente las de 1967 en Ne-

wark y Detroit, llevaron al presidente Johnson a nombrar la Comisión Consultiva para los Disturbios Civiles (la *Comisión Kerner*).

Las tensiones raciales aumentaron a lo largo de ese período también a partir de otras fuentes. El movimiento de Desobediencia Civil en el Sur, encabezado por Martin Luther King, Jr., fue reemplazado gradualmente por un movimiento negro cada vez más militante y nacionalista. Entre los blancos, George Wallace dirigió fuertes campañas políticas de insubordinación, una mezcla populista de contragolpe racial y de sentimiento antigubernamental, primero como protesta a la política de Derechos Civiles de Lyndon Johnson en las primarias de 1964, luego como Candidato a la presidencia en 1968, y posteriormente en las primarias demócratas de 1972, en las que recibió un disparo que eficazmente lo inmovilizó como líder nacional.

Creo que existe un sexto período, de un creciente conservadurismo racial, que tiene sus inicios en las candidaturas de George Wallace y en la decisión del partido Republicano después de su estrecha victoria en 1968, de no ceder ante los derechos de nacimiento. En el terreno político, los programas de apoyo cada vez fueron más controvertidos. Los tribunales dictaminaron programas cada vez más impopulares dirigidos a promover la integración racial escolar, extendiéndose en 1971 a distritos del Norte caracterizados fundamentalmente por la segregación *de facto*. El crimen aumentó por todo el país en las áreas urbanas, y «ley y orden» comenzó a aparecer frecuentemente en las agendas de los políticos, sospechando muchos que esto era meramente una estratagema racista. La clase baja negra crecía mientras la base industrial americana decaía, lo que ha acentuado muchos problemas ya existentes, como W.J.Wilson (1987) ha señalado.

No puede cuestionarse que etnocentrismo y nacionalidad han sido fuertes rasgos de la psique americana desde la fundación de la nación (ver Higham, 1985), dando como resultado en un momento dado prejuicios contra cualquier grupo étnico que no fueran los Protestantes Ingleses. Muchos han intentado transformar dichos grupos étnicos de forma partidista, ya sea contra los católicos (a mediados del siglo XIX o en 1928 o en 1930), alemanes (en la década de los 60), judíos (especialmente en los años 30) o italianos como Geraldine Ferraro y Mario Cuomo. Pero en conjunto, sugeriría que los Afroamericanos han tenido un rol único entre todos los grupos étnicos y raciales de los Estados Unidos. Siempre ha habido algo diferente y más fuerte en las actitudes de la población blanca mayoritaria hacia los Afroamericanos.

No reflejan meramente un etnocentrismo o autoritarismo generalizado; son específicamente anti-negras. El resto de las minorías inmigrantes ha experimentado con el tiempo una importante asimilación e integración; solo los negros han permanecido segregados significativamente y de modo persistente. Es en este fenómeno en el que me quiero centrar.

### **Las Actitudes Raciales de los Blancos: ¿Cambio o Resistencia?**

Comenzaré señalando brevemente lo que ha cambiado, y lo que no ha cambiado, en las actitudes raciales blancas desde la Segunda Guerra Mundial. En primer lugar, ha habido una profunda aceptación de los principios generales de igualdad racial. Antes de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de los Americanos blancos apoyaron la segregación legalizada y la discriminación, y creyeron en la superioridad racial de los blancos y en la legitimidad de la supremacía de la raza blanca. Esto se puede ver en cuestiones tales como la creencia en las diferencias raciales innatas en inteligencia, el apoyo a las leyes de prohibición matrimonial entre razas, la reticencia a votar a un negro como presidente, y la segregación en la construcción de viviendas (Bobo & Kluegel, 1991; Kluegel, 1990). Existe desacuerdo en si este conjunto de actitudes se describe mejor como un «racismo tradicional» (McConahay, 1986; Sears 1988) o contrario a «los principios generales de igualdad» (Schuman et al., 1985) pero existe consenso general en que virtualmente ha desaparecido<sup>2</sup>.

Esto constituye un cambio básico y muy importante. En política, se ha intentado que los negros sean hoy elegidos en una amplia variedad de distritos electores. Aunque la raza continúa jugando un papel significativo en las elecciones con candidatos negros, esto no constituye un tema tan importante como para que se limite a los distritos que son en su mayoría negros. Existen congresistas negros en distritos que son en su mayoría blancos, alcaldes de ciudades en las que los negros forman una minoría relativamente pequeña, un gobernador negro en un estado del Sur casi todo blanco (desde luego la primera capital de la Confederación) y casi por poco en nuestro estado más grande (en el cual los negros configuran una pequeña minoría).

Un segundo aspecto, sin embargo, es que continuamente se tiende a radicalizar los temas raciales. Esto se ve más claramente en los casos de violencia interracial, como en Nueva York en el Bernhard Goetz, en Tawana Braw-

ley, en Howard Beach, en el Central Park Jogger, o en los casos Bensonhurst. Un buen ejemplo es el caso Rodney King en Los Angeles. A raíz de la paliza televisada a cargo de la policía de Los Angeles en 1991, el alcalde negro Tom Bradley atacó duramente al jefe de policía por su falta de control sobre la fuerza policial. Los negros apoyaron al alcalde por un margen de 65 a 11%, pero los blancos apoyaron al jefe de policía por un margen de 57 a 32% (Los Angeles, Times, 6 de Abril de 1991)

Esta tendencia a radicalizar también se puede observar en temas raciales más generales. En 1967, la Comisión Kerner declaró que «nuestra nación está dirigida hacia dos sociedades, una negra y una blanca —separadas y desiguales— (1967, p.1). Hoy existe suficientes datos de que blancos y negros perciben de forma diferente el supuesto mundo real que comparten. Los blancos creen que está desapareciendo la desigualdad racial, que la discriminación ha disminuido notablemente y que la igualdad de oportunidades sí existe de hecho. Por el contrario, los negros piensan que la discriminación permanece a grandes niveles, que las oportunidades no son equivalentes, y que las cosas no mejoran especialmente para los negros (Hochschild & Herk, 1989). Por ejemplo, en un sondeo nacional en Mayo de 1991, el 72% de los blancos pensaba que los negros eran mejores en comparación con los de hace 10 años, mientras que sólo el 48% de los negros estuvieron de acuerdo (NBC News, 24 de Mayo de 1991).

Parte del problema es que los prejuicios y la discriminación son más sutiles y más complejos de analizar que durante los prósperos días del segregacionismo sureño de Jim Crow. Como resultado, son más ocultos y difíciles de ver para los blancos. Los negros los experimentan directamente o los escuchan directamente de sus amigos; los blancos no. Casualmente el mismo problema puede ocurrir con respecto a los dos sexos y las denuncias de acoso sexual. Pero el hecho es que las dos razas perciben las relaciones raciales de modo diferente.

Por último, existen pruebas de un antagonismo racial permanente en los Americanos blancos en cinco áreas diferenciables:

1. Obviamente existen en nuestra sociedad prejuicios raciales muy reales y simples. Las conocidas conversaciones grabadas entre la policía de Los Angeles durante e inmediatamente después de la paliza de Rodney King en 1991 son escalofriantes.. Y mientras que los sondeos detectan muy poco este

«prejuicio racial tradicional» entre americanos jóvenes blancos, todavía se percibe en las personas mayores de 50 años (Bobo & Kluegel, 1991).

2. Los estereotipos raciales se mantienen. Bobo y Kluegel (1991) han encontrado que los blancos, por término medio, continúan percibiendo a los negros más pobres, más perezosos, más dependientes de la ayuda social, menos inteligentes y son más proclives a la violencia que los blancos. Estos estereotipos no son universales o categóricos, pero están ahí.

3. Existe una importante resistencia, a menudo mayoritaria, entre los blancos a la política redistributiva del gobierno que promueve una igualdad racial. Muchos de los blancos, si no casi todos, se oponen al reajuste de las desigualdades raciales, como el transporte de niños para la integración racial en el colegio, los programas de apoyo, una legislación equitativa sobre la vivienda o la construcción de viviendas públicas en áreas suburbanas. El transporte público para la integración racial ha sido rechazado tan tajantemente por los blancos, incluso de modo violento en algunas ocasiones, que se ha abandonado como mecanismo de corregir la segregación (ver Sears y Allen, 1984, para profundizar en este aspecto). Los blancos generalmente apoyan políticas de acción que impidan la discriminación de mujeres y de las minorías, pero se oponen a que determinadas minorías logren un empleo o acceso a programas educativos o de entrenamiento (Lipset & Schneider, 1978). Y desde luego una postura contraria a este tipo de acciones afirmativas puede en realidad empeorar la situación (Los Angeles, 5 de Noviembre de 1991, p. A21).

4. Los candidatos negros actualmente lo hacen mejor, pero siguen teniendo problemas de tres tipos. En primer lugar, en muchas elecciones donde hay candidatos negros, las razas se dividen por completo y muy pocos blancos votan a los negros. Esto fue más claro en las campañas de Harold Washington (alcalde de Chicago) y Jesse Jackson (Kleppner, 1985; Sears, Citrin & Kosterman, 1987). Incluso las campañas de David Dinkins para alcalde de la Ciudad de Nueva York, Douglas Wilder en Virginia o Harvey Gantt para senador en Carolina del Norte, estuvieron todas caracterizadas por un apoyo relativamente débil entre los blancos respecto a la identificación con el partido o con anteriores campañas de análogos blancos. Una posible excepción es la campaña más reciente de Tom Bradley, incluida su campaña casi con éxito de 1982 para gobernador de California (Citrin, Green & Sears, 1990). Segundo, en todos estos casos las actitudes raciales son un buen predictor del

apoyo de los blancos a la candidatura de un negro, lo que indica que la raza es un factor importante. Y tercero, la reciente campaña de David Duke en Louisiana para el Senado de los Estados Unidos que, al igual que otros candidatos blancos anteriores, como George Wallace, Sam Yorty y Louise Day Hicks y Frank Rizzo, lanza un programa electoral de abierta hostilidad contra los negros. En este caso, fue menos disfrazada de lo habitual. Retomaré posteriormente este tema.

5. Las hostilidades étnicas y raciales empiezan a mostrarse contra otros grupos étnicos y en otros aspectos. La percepción de que la inmigración Asiática e Hispana está afectando negativamente al país contribuye a afianzar el inglés como lengua oficial, y el rechazo a que los individuos de habla no inglesa tengan derecho al voto y a la educación bilingüe. Los blancos apoyan más políticas monolingües que los Asiáticos o Hispanos (Citrin et al., 1991). Tanto el racismo simbólico como el antagonismo a los hispanos contribuye al rechazo de una educación bilingüe, especialmente aquella que defiende el mantenimiento de la cultura (Sears & Huddy, 1992). La oposición al tratado histórico de derechos de los Indios tiene mucho que ver con los prejuicios contra los Indios (Bobo, 1991).

Es necesario señalar que existe menos interés por los Asiáticos que por los Hispanos o negros. Están menos estereotipados negativamente que cualquiera (Bobo & Kluegel, 1991), y el impacto de su inmigración se ve mucho más positivamente (Citrin et al, 1990).

### **Oposición a Políticas Raciales y Candidatos Negros**

¿Qué podemos decir sobre los orígenes de la oposición de los blancos a la política racial y a los candidatos negros?. Existe un conjunto de teorías conflictivas, y no todos los que investigan se ponen de acuerdo<sup>3</sup>. Sin embargo, pienso que se pueden decir con seguridad algunas cosas.

*¿Es esto racismo?*

En nuestro propio trabajo, hemos definido el racismo como una respuesta afectiva categórica frente a un grupo determinado (ver Sears & Kosterman, 1991). Y hemos encontrado que el racismo contribuye básicamente a dicha oposición. Sin embargo, existen algunas personas que creen firmemente que los factores no raciales son principalmente los responsables. Esta perspectiva



adopta tres formas principales. Una es la idea de que la oposición a políticas raciales y a candidatos negros se debe simplemente a su ineffectividad intrínseca o a su pobre calidad. La gente puede o de hecho se opone a políticas malas o candidatos malos debido a la valoración honesta de los mismos; quizás el transporte, los programas de apoyo y la caída de Jesse Jackson se engloben en esta categoría (Roth, 1990).

Una segunda versión se centra en los valores y actitudes neutrales racialmente, como la oposición al excesivo poder del gobierno (Margolis & Hagne, 1981), el individualismo (al valorar la auto-confianza y la responsabilidad, hasta qué punto la sociedad aceptaría la igualdad que es contraria a permitir la lucha del individuo, etc.; Sniderman & Hagan, 1985) o el conservadurismo ideológico (quizás especialmente entre los de mayor nivel educativo; Sniderman et al., 1984).

Una tercera perspectiva considera que dicha oposición es producto de las creencias en el sistema de estratificación de nuestro país: ya sea por el éxito en la superación individual o porque la discriminación rechaza a los más perjudicados. Kluegel (1990), por ejemplo, ha mostrado que la explicación dominante entre los blancos sobre la desventaja económica de los negros es individualista: bien porque los negros no tienen tanta habilidad como los blancos (opinión apoyada por los blancos de mayor edad) o porque simplemente están menos motivados, por ello no trabajan tanto (apoyada por los más jóvenes).

Estos valores, actitudes y atribuciones neutrales de la raza se relacionan con la oposición a políticas raciales y son factores importantes que contribuyen a ella (Sears, 1988; Sears & Klosterman, 1991). Sin embargo pienso que un factor adicional importante es el racismo puro y simple. Parte de esta oposición es contra las políticas explícitamente (o percibidas así) dirigidas a los negros (y a otras minorías, en menor grado). Creo que el papel directo del racismo ha sido documentado bastante exhaustivamente, utilizando grupos control para otras variables y medidas de las actitudes raciales (Sears & Kos-terman, 1991).

Es este efecto conjunto de las actitudes no raciales y del simple racismo en la oposición a políticas raciales y a candidatos negros lo que nos ha hecho hablar de un "nuevo racismo", o lo que hemos denominado *racismo simbólico* (Sears, 1988; Kinder & Sears, 1981; Sears & Kinder, 1971). En ese concepto se mezclan el racismo simple y las actitudes no raciales. Se ha encon-

trado que el racismo simbólico es un determinante central de la oposición a políticas raciales y a candidatos negros, un determinante más fuerte actualmente, que el racismo tradicional o el simple antagonismo anti-negro (Sears & Kosterman, 1991). En su forma original, se pensó que el racismo simbólico incluía un sentimiento anti-negro y el individualismo. Pero la investigación más reciente sugiere que el igualitarismo, más que el individualismo es el valor neutral racial más potente (Sears & Kosterman, 1991).

Sin embargo, ¿cuáles son los límites de las consecuencias directas del racismo?. Esto está menos claro. La afirmación más fuerte es la realizada en un artículo por el periodista Tom Edsall (1991) cuyo título es «Cuando el tema oficial es la política presidencial, los impuestos, la asistencia social, el crimen, los derechos, o los valores... el tema real es la raza». ¿Puede esto comprobarse empíricamente?. El racismo juega ciertamente un papel fundamental en temas tales como el transporte, o programas de apoyo, o la oposición a Jesse Jackson, actitudes todas ellas con contenido racial. El Racismo es también central en las actitudes hacia la ley y el orden y la asistencia social, los cuales, aunque a menudo no tienen un contenido racial explícito, poseen un substrato racial ampliamente comprendido o lo que hemos descrito como un *esquema latente consensuado* (Sears & Huddy, 1990; para los datos, ver Sears, Lan, Tyles & Allen, 1980; Sears & Citrin, 1985; Smith, 1987; Sears & Kosterman, 1991). Hemos encontrado que las consecuencias del racismo se extienden incluso a campañas que tienen poco o ningún contenido racial, o incluso un contenido racial latente muy obvio, como las campañas dirigidas a reducir el gasto del gobierno y los impuestos (Sears & Litrin, 1985).

Por otra parte, el sentimiento anti-negro o el racismo tradicional, considerado en sí mismo, no influye directamente en todo el conjunto de actitudes partidistas que Edsall describió. No parece haber un efecto directo importante de racismo en dichas actitudes políticas básicas como la ideología o la identificación con un partido o en los valores ostensiblemente neutrales racialmente como el individualismo (Sears & Kosterman, 1991). Tampoco la candidatura de los conservadores blancos como Ronald Reagan pareció estar demasiado afectada por las actitudes raciales de los blancos (a diferencia de la de Jesse Jackson y de alguna manera la de Walter Mondale; ver Sears et al., 1987). Por lo tanto, existen límites en las consecuencias directas del racismo. Pero cuando se considera la raza *en relación con* el conservadurismo no ra-

cial, se llega a lo más profundo del corazón de los políticos Americanos, como dice Edsall. Un hombre negro Willie Horton por sí mismo no sugiere nada políticamente; un hombre negro que ha violado a una mujer blanca y luego es liberado de la cárcel gracias a una política liberal permisiva sí lo hace. Un anuncio televisivo sobre un hombre blanco que pierde su trabajo no produce actitudes raciales, pero si hace referencia a un hombre blanco que pierde su trabajo a causa del sistema racial entonces sí las provoca<sup>4</sup>. Y la raza es central en ambos casos; ninguno de los dos sucesos tiene relevancia política sin el elemento racial.

A modo de explicación resaltaría que cada vez hay mayor acuerdo en que las principales actitudes políticas en la sociedad Americana están fuertemente influidas por la unión de algo racial y algo no racial. Existe mayor desacuerdo sobre la naturaleza del elemento no racial y cómo llamarlo, bien *racismo simbólico* o *racismo aversivo* (una combinación de sentimiento racial negativo que diferencia a blancos y a negros, y un compromiso con el principio de igualdad que proclama un trato igual, ver Dovidio & Gaertner, 1986); o *racismo ambivalente* (una combinación de simpatía por la situación de los negros y la creencia de que han contribuido significativamente a ello, ver Katz et al., 1986); o *ideología estratificada* (atribuciones de la inferioridad de los negros a factores internos como pérdida de motivación, ver Kluegel, 1990; Bobo, 1991). Pero todos ellos tienen en común rasgos del "nuevo racismo", aquel que combina prejuicios raciales tradicionales con actitudes no raciales.

Y, finalmente, el deseo de una solidaridad racial blanca no constituye un factor central en las actitudes raciales de los blancos, por lo que podemos saber. Muchas teorías argumentan que debería serlo como la teoría de la identidad social de Tajfel (1985), la teoría del conflicto del grupo realista (Bobo, 1983; LeVine & Campbell, 1972) y la teoría de la privación relativa (Runciman, 1966; Vanneman and Pettigrew, 1972). Sin embargo, en nuestra investigación, hemos encontrado sistemáticamente que aunque el sentimiento hacia los negros influye de hecho en las actitudes de los blancos frente a las políticas raciales y a los candidatos negros, el sentimiento hacia los blancos no, ni tampoco influye éste último en las actitudes hacia los candidatos blancos como Ronald Reagan o Walter Mondale (Sears & Kosterman, 1991).

De nuevo, una matización. No hemos examinado las actitudes hacia candidatos que defienden agresiva y abiertamente la supremacía de los blancos y/o la solidaridad blanca, como es el caso de George Wallace y David Duke,

el cual, después de todo, es el fundador de la Asociación Nacional del Progreso de la Gente Blanca (National Association for the Advancement of White People). La candidatura a la presidencia de Duke en 1992 parece haber fracasado, pero probablemente desconocemos el resultado del filón del resentimiento blanco que él, y en cierta medida Pat Buchanan, han explotado. Por lo tanto, esto puede introducir un nuevo elemento.

### **Los Orígenes del Nuevo Racismo**

¿De donde procede este nuevo racismo? Pienso que en cierta manera sabemos de donde procede y de donde no procede. Gran parte del mismo proviene de la socialización en las primeras etapas de la vida. Sabemos que las actitudes hacia los grupos sociales más destacados constituyen las primeras experiencias culturales de aprendizaje del niño. Sin embargo, existen ahora algunos datos de que las amenazas directas reales de los negros hacia los blancos *no* juegan un papel fundamental en potenciar la oposición a políticas raciales (ver Sears & Funk, 1990; 1991, para una revisión). Pienso que la investigación disponible parte de una perspectiva convencional que asocia el antagonismo político de los blancos hacia una política liberal racial con el impacto *personal* del miedo al crimen negro, la pérdida de trabajo, la «discriminación inversa» en las escuelas superiores, etc. Desde luego, relativamente pocos blancos perciben una política racial que afecte demasiado a sus propias vidas<sup>5</sup>.

Por ejemplo, la oposición al transporte escolar aumentó más rápidamente en el Norte después del caso Denver en 1971, donde por primera vez se había implantado fuera del Sur (Schuman, Steeh & Bobo, 1985). Resulta tentador explicar la creciente oposición como resultado de la amenaza real introducida en la vida de los blancos del Norte. Pero la amenaza personal no explica este aumento de la oposición al transporte. El impacto personal del transporte no tuvo un efecto significativo en su oposición antes o después de ese caso; ni se le relacionó más con la oposición al transporte después que antes de tal fecha, tampoco aumentó esta relación en el Norte después de ese momento. Más bien, el transporte parece haberse convertido en ese momento, en un tema muy simbólico en el Norte y ciertamente fue utilizado como tal por políticos conservadores (Sears & Allen, 1984).

De nuevo, una matización. Sospecho que esos motivos personales juegan un papel en ciertos temas, en algunos momentos y en determinados lugares.

En nuestro propio trabajo encontramos un impacto importante del propio interés en la oposición de los blancos al transporte justo cuando el plan de transporte de Los Angeles se desarrollaba en 1976 (Sears & Allen, 1984). La consecuente «huida blanca» ha tenido un efecto devastador en el excelente sistema de educación pública de los Angeles. Y no me sorprendería en absoluto ver que el impacto personal de los temas raciales juegue un mayor papel en el futuro. Los criterios de admisiones en muchas universidades varían bastante de unos grupos étnicos y raciales a otros, y hay cada vez un mayor resentimiento debido a las menores oportunidades para las no minorías. Allen Bakke inició su demanda histórica para mejorar su propia situación personal, y como las universidades lograron diversificar más a sus estudiantes y facultades, podemos observar más dicha reacción blanca basada en su propio interés; por ejemplo, en la experiencia blanca de ver que estudiantes y profesores menos preparados que ellos son aceptados y consiguen el trabajo que desean.

Pero, insisto, el impacto personal de los temas raciales no es de momento el móvil principal que lleva a los blancos a oponerse a políticas que aumentan la igualdad racial. La teoría más general de que las hostilidades entre grupos proviene del conflicto real de grupo necesita ser revisada para explicar esta ausencia de cualquier efecto de amenaza personal. La amenaza al grupo puede ser un factor importante, como afirma Bobo (1983, 1988), pero no siempre es fácil de concretar empíricamente. Sugeriría simplemente que *si* la competitividad real entre los grupos es un factor clave, podría estar mediada más por prejuicios incorporados en la socialización infantil y mantenidos durante mucho tiempo contra el grupo en cuestión que por sentimientos solidarios de la mayoría o sentimientos de amenaza por una minoría.

### **El Racismo Oculto**

Está bastante claro que las normas sociales que prevalecen sobre el racismo han cambiado drásticamente. El racismo ya no se considera como una idea social legítima. Una consecuencia importante es que ya no se acepta socialmente el expresar abiertamente en muchos contextos sociales el racismo tradicional<sup>6</sup>. Por duro que sea el corazón de los racistas existentes en la sociedad, las normas generales para su expresión social abierta han cambiado claramente.

Todos estarán de acuerdo, estoy seguro, en que la sociedad ha mejorado al haber declarado abiertamente como inaceptables socialmente las expresio-

nes racistas. Sin embargo, ¿ha disminuido realmente el racismo tradicional o simplemente se ha ocultado?. John McConahay (1986) ha apuntado que el racismo tradicional es bastante común, pero tiende a no ser expresado en público porque la gente lo evita conscientemente por temor a la desaprobación social. Por el contrario, las formas modernas del racismo se expresan más libremente porque son obviamente menos racistas. Esto puede ser convincente si tenemos en cuenta que las afirmaciones del racismo tradicional se entienden que reflejan racismo, y por lo tanto se rechazan, mientras que las afirmaciones del racismo simbólico o moderno no (McConahay et al., 1981). Por lo tanto se va viendo un uso cada vez mayor de «palabras disfrazadas» para expresar los puntos de vista racistas. David Duke habla de una «clase masiva del bienestar», pero esto sigue una larga tradición enunciada por George Wallace y adoptada por el partido republicano, para utilizar aspectos no raciales como la asistencia social y la ley o el orden como estrategia racista.

Pienso que en este momento no sabemos hasta dónde llega este racismo clandestino. No sabemos cuanto racismo tradicional y directo existe porque se escapa a nuestros sondeos, o porque no se expresa abiertamente en público. Por ejemplo, sospecho que el importante descenso de las creencias en las diferencias raciales en inteligencia puede no reflejar completamente la persistencia de dichas creencias racistas.

El fenómeno del declive sistemático de votos a candidatos negros entre sondeos pre-electorales y resultados de elecciones actuales (e incluso en sondeos post-electorales) es quizás un indicador tangible del problema del racismo oculto. Esto es cierto en muchos sondeos en Los Angeles durante la alcaldía de Tom Bradley, así como con Douglas Wilder en Virginia, David Dinkins en la ciudad de Nueva York, y Harvey Gantt en Carolina del Norte (aunque se podría argumentar que el bombardeo de última hora de Jesse Helms cambió de hecho los votos), y para Louse Day Hicks en Boston en los años 60 y David Duke en su campaña de 1990 para el Senado de los Estados Unidos. Sorprendentemente Warren Mitofsky comenta (*New York Times*, 17 de Noviembre de 1991) que las sondeos post-electorales estuvieron muy acertados en la campaña de Duke en 1991 para el gobierno de Louisiana, y desde luego en esa campaña, los sondeos pre-electorales no desestimaron el voto a Duke. Este fue un caso de gran relevancia por lo que podía presagiar.

Sin embargo, se producen serias consecuencias al convertir el racismo en clandestino. Resulta más fácil enfrentarse al demonio si se le conoce que si

no se le conoce. Las oleadas ocasionales de votos a Wallace, Duke, o Buchanan sugieren la presencia de resentimiento y odio en lugares que están completamente fuera del diálogo del público y del terreno formal del que disponemos para discutir una solución. ¿Qué ocurrirá si el resultado del racismo clandestino aleja a la gente de las elecciones como mecanismo del conflicto de intereses?. Sospecho que se podría demostrar que de hecho contribuye a la alienación política ya que se relaciona con baja participación.

Podemos cuestionar la conveniencia de establecer mecanismos de control como en el actual debate sobre las reglas de etiqueta en la universidad y cargos para determinar lo políticamente correcto. La lista de «expresiones hirientes» instituidas en Wisconsin y Berkeley y otras universidades pueden ser cuestionables constitucionalmente en algún caso. Existe ciertamente un equilibrio entre las libertades civiles y la protección de las mujeres y/o minorías de expresiones verbales avergonzantes. La Primera Enmienda fue, después de todo, realizada para evitar las expresiones de creencias displicentes e incluso ofensivas.

Por último, los peligros de convertir este racismo en clandestino bajo ningún concepto se reducen a una infravaloración del racismo entre los blancos. Como los negros nos han señalado durante mucho tiempo, la ausencia de honestidad en el tema del racismo produce confusión en el diálogo interracial, aunque la supresión de su expresión contribuye a relaciones interpersonales momentáneamente gratas. Esto puede llevar a algunas sorpresas desagradables para los negros ya que les resulta difícil saber cuándo el racismo entra en juego. Y en cambio es demasiado fácil atacar posturas desagradables por cualquier otra razón en base a que son «racistas». El alcalde de Washington, D.C., Marion Barry, rechazó su acusación de cargos por droga por estar basados en el racismo. Líderes negros rechazaron también las acusaciones de cargos contra Tawana Brawley por los mismos motivos. Aquellos que se aterrizaron de la paliza a Rodney King por la policía de Los Angeles la declararon racista. Charles Thomas interpretó las negativas del Tribunal Supremo de Justicia a su nombramiento como un *linchamiento masivo de alta tecnología*. Willie Brown, Orador de la Asamblea de California y hombre negro, ha interpretado que los ataques a su integridad y a su estilo de vida se basan en el racismo. Todos ellos pueden ser verdaderos, en cierto modo, pero es difícil saber cuánto, y a veces el lanzar cargos de «racismo» puede distraer la atención de otros temas importantes.

En general, *el principio de desestimación* fundamental para la teoría de las atribuciones (Kelley, 1972) sugiere que cuando existen dos o más atribuciones posibles para explicar una acción, la gente en general interpretará la acción en función de ambas. Así que si el enfrentamiento a políticos blancos y a actuaciones raciales están motivadas por el antagonismo racial y por valores no raciales, como sugiere la perspectiva del racismo simbólico, entonces es real atribuirlo a algún elemento del racismo así como reconocer las consideraciones legítimas no raciales. Pero en la práctica algunas personas interpretan cualquier acción dada en función del racismo, mientras que otros no, con la diferencia de que en la interpretación resultante cuenta menos la realidad que la predisposición política. Los que apoyaban a Thomas tendieron a pensar, más que los que apoyaban a Hill, que la oposición a él se debía a motivos raciales, cualquiera que fuera la verdad del asunto.

### **¿Actualmente todas las políticas son raciales?**

La perspectiva de Edsall y de otros es que «todos los temas políticos se han hecho raciales», ya se trate del crimen, la asistencia social, las drogas, los colegios, la salud pública, el desempleo o la pobreza. Y la ideología y la identificación con un partido también se relacionan inextricablemente con la raza. ¿Es esto verdad?.

Sabemos que antes de la administración Kennedy los dos partidos políticos no se percibían polarizados racialmente. En ese momento, los Demócratas se dividieron, a nivel interno, en un sector agresivo pro-derechos civiles (a finales de los años 40) y los partidarios de suavizar el conservadurismo racial del Sur. Hasta 1958, los Republicanos también se separaron en una facción relativamente liberal en el Nordeste y los más conservadores en el Medio-Oeste. Pero a principios de los años 60, la defensa de los derechos civiles por las administraciones Kennedy y Johnson, y en 1964, la polarización de las campañas presidencialistas de los dos partidos en torno a la legislación de los derechos civiles, llevó a una fuerte divergencia de los partidos elitistas en el tema de la raza (Converse et al., 1965). Hacia el año 1972, los temas raciales ocuparon un papel cada vez más importante en la opinión pública respecto a las diferencias entre los dos partidos, considerándose a los Republicanos más conservadores (Carmines & Stimson, 1989). La candidatura de Jesse Jackson reforzó esta percepción (Sears et al., 1987).



La postura de George Bush sobre temas raciales actualmente es ambivalente. Normalmente «juega la carta racial», apelando a un racismo latente al oponerse a "cuotas" y apoyando «la ley y el orden» (especialmente haciendo un problema del crimen sexual negro, como indicaba el incidente de Willie Horton y los anuncios de la «puerta giratoria»). Al mismo tiempo, intenta alejarse de posturas que pudieran relacionarse con el racismo tradicional, por lo que no se opone a todas las formas de «programas progresistas», o apoya a David Duke, o al no conseguir mantener al menos a un negro en el Tribunal Supremo.

Esta polarización partidista en el tema de la raza a principios de los años 60 no fue una propuesta negativa para los Demócratas. El racismo tradicional fue desprestigiado rápidamente, incluso en el Sur, a medida que el movimiento de los derechos civiles ganaba. La postura en contra de la segregación se convirtió en una especie de lucha contra el pecado. Sin embargo, no se puede decir lo mismo de las políticas raciales y las actitudes que han estado en el corazón de las controversias políticas americanas en las últimas dos décadas. La asistencia social, el transporte, los programas de apoyo, las cuotas, la discriminación inversa, y el crimen negro son temas todos ellos bastante menospreciados. Los Demócratas han tenido que cargar con la parte negativa de todas estas cuestiones.

¿Los Demócratas están condenados al fracaso?. Edsall no es el único en pronosticar como una consecuencia la muerte del partido Demócrata. Han sido continuamente débiles a nivel presidencial desde que estos nuevos temas raciales adquirieran importancia. Es verdad, los Demócratas han continuado dominando a nivel local, en el congreso y en el senado. Quizás sean simplemente más expertos en tratar asuntos de interés cotidiano, como argumentan algunos. O puede ser que sea simplemente la consecuencia del retraso histórico, dado el peso del período legislativo. Esto está por ver (y se aclarará bastante después de la redistribución de los escaños del congreso, y después de que acabe el período legislativo en varios estados, sobre todo con la reducción de los períodos legislativos en si mismo).

Pero el que «todos los asuntos políticos se hayan convertido en raciales» concuerda con nuestros datos únicamente si tenemos en cuenta el concepto de racismo simbólico. La ideología y la identificación con cada partido no se relacionan mucho con el racismo tradicional, sino con el nuevo racismo simbólico. Del mismo modo, el racismo simbólico (o una mezcla de la intoleran-

cia racial y el conservadurismo neutral racial) influye sobre las preferencias en cuestiones políticas visiblemente no raciales como la asistencia social, las limitaciones de los impuestos, las reducciones en los gastos domésticos, la ley y el orden. Lo que es explosivo es la *mezcla* del sentimiento antinegro con los valores no raciales representados en el racismo simbólico, genera polarización en los temas internos ya citados, y por lo tanto se ha convertido en fundamental para el debate partidista de nuestra época.

Los liberales frecuentemente, y en mi opinión correctamente, desacreditan a los conservadores como George Bush, Jesse Helms, y David Duke por «jugar la carta de la raza» —por introducir en las campañas temas raciales con el objeto de conseguir apoyo blanco. ¿Pero «la carta de la raza» es puramente arbitraria?. ¿Podrían razonar los mismos temas sin referencia alguna a la raza, o podrían argumentar otros temas también?.

Hay muchos asuntos en los que el público podría estar interesado en un momento dado. Únicamente algunos llaman la atención del público en general. Y sólo unos cuantos son prioritarios en las campañas electorales. El trabajo experimental de Iyengar y Kinder (1987) ha proporcionado bastante información sobre el poder de la programación televisiva para determinar qué dimensiones se utilizan como criterio de evaluación de los candidatos.

El método experimental distribuye aleatoriamente los sujetos en el diseño. Lo análogo en la vida real sería que la realidad pudiera felizmente ser presentada también en distintas maneras de forma aleatoria. Esto puede llevar a engaño. El racismo contemporáneo se centra en cosas que son bastante reales: el crimen violento en los ghettos, las tasas altas de desempleo y la dependencia de ayuda social, la omnipresencia de la madre negra como única cabeza de familia, los enfrentamientos de pandillas, el uso de drogas, el porcentaje alto de jóvenes varones negros en prisión y el bajo porcentaje en las escuelas, etc. Un anuncio de Willie Horton o contra los programas de apoyo de Jesse Helms no se seleccionan arbitrariamente ni aleatoriamente; reflejan la dura realidad de la vida moderna, que está profundamente arraigada en la mente popular. Hay parte de razón en el argumento de la programación, pero «la carta de la raza» no es algo arbitrario; hay una realidad allí, aunque en este caso está socialmente constituida a partir de las instituciones sociales, no meramente a partir de las simples descripciones de la vida diaria.

Por otra parte, uno de los sucesos más importante de los últimos 25 años ha sido la tendencia de otros grupos marginados a guiarse en sus reivindicaciones

ciones por las del movimiento negro. En esencia el movimiento de los derechos civiles de los años 50 y principios de los 60, y en alguna medida la militancia negra de finales de los 60, han servido como modelo a las feministas, a los gays y lesbianas, a los minusválidos, a los sin hogar, a los Chicanos y a los Americanos-Asiáticos. Ya no tenemos el mundo blanco y negro de la Comisión Kerner, sino un mundo con muchas voces.

¿Qué hay de beneficioso en esta diversidad de reivindicaciones?. No se trata de una protesta unificada, en contraposición a los sueños de aquellos que abogan una *coalición arcoiris*, salvo algunas alianzas temporales en circunstancias concretas. Sin embargo, tiene consecuencias importantes. Creo que la energía pública se ha difundido a partir de los problemas a largo plazo de la población negra, los cuales son más serios que cualquiera otro. Y de alguna manera ha desprestigiado las ayudas a los negros; por ejemplo, muchos más niños pertenecientes a las minorías deben ser incorporados en la integración escolar, y muchas más mujeres y grupos minoritarios piden programas de apoyo, lo que entonces hace que cualquier política social sea mucho más costosa.

También considero que las reivindicaciones de otros grupos minoritarios, algunos considerados marginados socialmente (como los gays y las lesbianas), de ser compensados igual que los negros ha desacreditado al partido Demócrata al verse como un partido de «intereses particulares». Las peticiones originales de la población negra fueron vendibles, debido al impacto perjudicial de la esclavitud y de las experiencias de Jim Crow. Es mucho más difícil lanzar el mismo mensaje en nombre de muchos grupos emigrantes quienes, aunque están necesitados y perjudicados como lo han estado la mayoría de los emigrados a Estados Unidos, no se enfrentan a barreras mayores que las de los emigrantes anteriores, que ahora se consideran a sí mismos completamente integrados en la gran sociedad. Esto me parece que es cierto incluso si no se tiene en cuenta la cuestión de las reivindicaciones de minorías como las mujeres, los minusválidos, los gays y las lesbianas.

También se ha conseguido una mayor oposición a partir de la concepción etnocultural de «identidad americana» (basada en hablar Inglés, en el intento de superación, en votar en las elecciones, en defender América cuando es criticada, y creer en Dios; Citrin, Reingold, & Green, 1990). Un sentimiento de identidad Americana es un predictor significativo de las creencias de que los inmigrantes Asiáticos e Hispanos tienen un efecto negativo para nuestro

país, la oposición al multilingüismo (como la educación bilingüe, el apoyo del inglés como lengua oficial o la restricción del derecho al voto a los individuos de habla no inglesa), y la oposición a programas de apoyo para los Americanos-Asiáticos e Hispanos (ver también Citrin, Green, Reingold, & Walters, 1991). A otras importantes cargas del partido Demócrata se ha añadido el referente a la defensa de todo aquello que hace referencia a privilegios particulares injustos dados a esos otros grupos demográficos.

### **Para el futuro**

¿Qué proponemos, entonces, para el futuro?. Déjeme señalar cuatro puntos a modo de resumen.

#### *Progreso*

Ha habido un avance real en las relaciones raciales en América desde 1941, incorporando a los negros de forma más equitativa en la sociedad americana. La doctrina de la superioridad racial ya no se considera legítima. Ha habido una mayor integración en el área laboral, en la educación superior y en la vida política.

A largo plazo, los cambios en la naturaleza y grado del racismo blanco deberían depender en parte de la socialización de la gente joven. Eso, a su vez, dependería en parte de qué metas actitudinales sean importantes en la vida temprana y del ambiente actitudinal dominante respecto a estas metas (e.j. Sears, 1983). Por ejemplo, las principales metas raciales para los blancos, que se desarrollaron a finales de los años 50 y principios de los 60, fueron los esfuerzos por terminar el sistema injusto de segregación en el Sur. El ambiente de socialización parecería ser menos favorable desde entonces, ya que los temas centrales se dirigieron hacia el transporte, los crímenes en los ghettos, el creciente publicidad de los medios de comunicación de los programas de apoyo en términos de una discriminación en contra de los blancos (Gamson & Modigliani, 1987), y la oposición de las administraciones Republicanas a algunos derechos civiles, en los que el consenso social era menos favorable para los negros.

Los análisis de generaciones indican que el cambio generacional ha actuado en este período como una fuerza liberadora (Firebaugh & Davis, 1988; Schuman et al., 1985). Dentro de las generaciones, de igual modo, estos estudios revelan el descenso del racismo tradicional entre las generaciones de la etapa post-Derechos Civiles dada la perspectiva de socialización racial. Sin

embargo, los resultados de los ítems que tratan de temas de política contemporánea están más mezclados: Davis (1991) ha encontrado diferencias más lentas en las generaciones nacidas después de 1946, como se podría esperar si el ambiente actitudinal dominante se hubiera vuelto menos favorable para los negros (ver Steeh & Schuman, 1991).

### *Problemas*

Todavía quedan serios problemas. Algunos son económicos pero todos hacen referencia a la raza. Hay un conjunto de problemas subyacentes casi intratables que resulta tremendamente devastador para la sociedad americana, el crimen, el abuso de drogas, las generaciones de niños que crecen en la pobreza, el empobrecimiento de las ciudades americanas, y otros problemas sociales demasiado numerosos para nombrarlos.

Y ahí está el fenómeno David Duke. Contiene algunos elementos viejos y otros nuevos. El elemento viejo es que su soporte básico es compartido con el de otros agitadores raciales de los últimos 25 años, George Wallace, Sam Yorty y Frank Rizzo. Está claro que hay un componente racial fuerte en el apoyo de los blancos a todos ellos (Kinder & Sears, 1981; Howell, 1991; Lipset & Raab, 1978; *New York Times*, 17 de Noviembre de 1991). Este apoyo se basa en el resentimiento de la clase trabajadora blanca hacia las élites blancas, hacia las minorías y hacia el gobierno mismo. También apelan en particular a los varones de niveles educativos bajos, y quizás a los frustrados económicamente<sup>7</sup>. El hecho de que Duke recogiera la mayoría de votos blancos en su reciente campaña para gobernador en Louisiana no es sorprendente a la luz de esos otros candidatos, que mostraron la misma fuerza en el Sur y estados limítrofes. La candidatura de Pat Buchanan en 1992 a la presidencia también mostró muchos de estos mismos elementos.

Lo que es nuevo es el hecho de que Duke es más explícitamente anti-negro y anti-judío de lo que ha sido el caso de anteriores populistas que apelaron al racismo. Esto es a la vez bueno y malo. Lo bueno es que resulta más fácil desacreditarlo, debido a las normas de tolerancia hacia los negros y judíos que ahora son mucho más sólidas y están más extendidas en la sociedad americana. Lo malo es que consigue una gran cantidad de apoyo blanco.

### *Confusión Nacional*

La nación carece de voluntad o es incapaz de dar los pasos necesarios para tratar nuestros problemas actuales. Creo que gran parte de esta falta de

motivación procede del principal antagonismo hacia (o al menos ausencia de simpatía por) los negros, lo cual es un rasgo tradicional de la política americana. Sin embargo ocurre en un momento de cierta confusión nacional. La economía no va demasiado bien y existe una preocupación por la capacidad de competir internacionalmente. La estructura de la deuda, privada y pública, hace difícil encontrar nuevas iniciativas. Parece haber un declive del sentimiento comunitario y una mayor politización de las diferencias de grupo. La pregunta formulada por los activistas políticos es «qué es bueno para *mi* grupo» y no «qué es bueno para la comunidad o sociedad». También encontramos signos de reacciones nacionalistas o racistas en contra del multiculturalismo. Décadas de enfrentamientos políticos partidistas, multitud de escándalos y años de apatía política en la población en general han producido una gran desacreditación de los políticos y de las instituciones políticas. El sistema político no está en situación de ayudar demasiado.

El partido de la oposición se encuentra en un estado de confusión y no proporciona una alternativa creíble al partido del poder. El público no ve que el partido demócrata sea mejor en relación al control de la economía, pero Bush ya no inspira mucha confianza. El congreso, dominado por los demócratas no está bien visto como una entidad colectiva, por diversas razones.

Creo que en los comienzos de la última década de este siglo lo que se debe tener en cuenta es la *mezcla* de temas. La aceptación de principios igualitarios básicos va acompañada de prejuicios y antagonismos raciales. Las manifestaciones políticas de la raza surgen tanto del racismo como de las actitudes bastante independientes de la raza. Pero están proliferando las reivindicaciones de nuevos grupos, también están aumentando las tensiones étnicas. En parte esto refleja más honestidad en las diferencias de grupo, pero también refleja un menor sentido de la responsabilidad cívica para todo. Me parece poco probable que una reacción nacionalista domine el país, pero se oírán muy bien, y veremos varios elementos promulgados en ley.

Finalmente, falta hacer algunos comentarios sobre los amplios cambios sociales desde la perspectiva de nuestro estado más grande, California. La creciente inmigración a los Estados Unidos, especialmente de Asia y Latinoamérica, está produciendo algunos cambios alarmantes. Por ejemplo, en dos de los más grandes campus universitarios de California, Berkeley y Los Angeles, un tercio de los estudiantes de primer año son blancos; las otras dos terceras partes corresponden a los grupos minoritarios. Muy pronto en Cali-

fornia las minorías serán mayorías. Estas «minorías» son cada vez más activas. Dentro de las Universidades, la «diversidad» se ha convertido en un slogan, junto con el énfasis en la raza, el género y la clase. Pero la población que vota —el censo— es básicamente la clase media, blanca, de mediana edad. Dichas personas tienden a ser relativamente conservadoras y contrarias a los impuestos. Esto se debe en buena medida a una oposición general al gobierno y parte de él surge del antagonismo racial (Sears & Citrin, 1985).

En consecuencia, en el estado aparecen cada vez más defensores activos de una población que requiere servicios públicos caros —salud, educación y asistencia social— y un electorado reacio a pagar por ellos. Este vacío se hace más visible a medida que disminuyen las partidas económicas, con un descenso de las tasas de crecimiento económico real. El resultado es un deterioro real en la calidad de vida de los ciudadanos, con todas las tensiones que conlleva. Y hay una división entre los que tienen y los que no tienen, estando los Anglos y los Asiáticos entre los primeros y los negros y los Latinos entre los segundos.

Aunque la integración racial continúa, y los prejuicios tradicionales disminuyen, existen fuerzas opuestas que sugieren que las tensiones étnicas continúan y hay cierta incapacidad del cuerpo político para afrontarlas directamente. Es difícil no prever un período en el que la identidad étnica se convierte una vez más en una cuestión central en la que muchos políticos americanos se moverán, cuestión central llena de conflictos sociales.

### *La Política Social con Objetivos Raciales*

Esto puede parecer una perspectiva pesimista para los defensores de políticas raciales. ¿Puede cambiarse?. El reciente trabajo de Bobo y Kluegel (1991) ofrece una nueva perspectiva. Intentaron construir alternativas políticas que reflejaran la «nueva agenda liberal», pasos para aminorar la pobreza sin violar los valores individuales, principalmente permitiendo a la gente *ten-ga sus propios derechos* (como ámbitos comerciales y escolares). Como apunta Lipset (1991), los americanos apoyan generalmente la acción compensatoria, porque satisface los valores igualitarios, pero no el tratamiento preferente, porque viola los valores individuales. En los datos de Bobo y Kluegel esta «nueva agenda liberal» resulta ser más popular que las políticas liberales tradicionales como la ayuda especial del gobierno a las minorías, en parte porque tienden menos a provocar actitudes anti-raciales.

Pero encuentran que incluso esta «nueva agenda liberal» pierde apoyo al centrarse estas políticas especialmente en las minorías, como también sugieren nuestros hallazgos. En general, la política social centrada en la raza pudo conseguir apoyo en los años 50 y 60; los blancos podían creer que los negros estaban perjudicados, debido a la fuerte segregación a la que se enfrentaron. En el actual clima de opinión, es como mínimo un asunto más sutil, un producto más difícil ciertamente, y quizás intrínsecamente una propuesta perdida. El fracaso de la tarea publicitaria está en la raíz de la oposición a políticas raciales y candidatos negros. Es el doble de difícil ya que la política de redistribución también ha sido durante mucho tiempo una iniciativa difícil, la mayoría ve bien remedios no políticos para las desigualdades (Lane, 1986). Una «nueva agenda liberal» no centrada en la raza constituye un acercamiento prometedor, pero quizás se deba menos a su coherencia con los valores individuales y más a las naturales desigualdades impulsadas por el mercado que surgen y pueden posiblemente atribuirse al mérito.

### **Notas**

- \* Se presentó una versión anterior de este trabajo en la reunión anual de la Asociación Americana de Investigación sobre Opinión Pública en Phoenix, Arizona, del 16-19 de Mayo, 1991.
- 1. En realidad, los orígenes de esta polarización se produjeron unos años antes, como señalan Carmines y Stimson (1989), en el auge Democrático estimulado por la recesión en las elecciones al congreso de 1958, pero solamente fue entre 1963 y 1964 que el público comenzó a percibir un liberalismo mayor en el partido democrático.
- 2. Como excepción, ver Sniderman and Tetlock (1986)
- 3. Ver como muestra del desacuerdo: Bobo (1988), Kinder (1986), Roth (1990), Sears (1988), Sears & Kosterman (1991), Sears & Kinder (1985), y Sniderman & Tetlock (1986 a,b).
- 4. No está claro que las atribuciones descritas inicialmente como «creencias en la estratificación» sean realmente neutrales en relación a la raza puesto que desvelan contenido racial. Por lo tanto es posible que una persona blanca al menospreciar a los negros lo haga tanto por minusvalorar sus habilidades (y/o motivación) y por la oposición a las mejoras políticas. Por otro lado, es también posible que tales atribuciones tengan funciones causales independientes en la motivación de la oposición a políticas raciales, como creen Kuegel (1990) y Bobo (1991).



5. Tampoco las imágenes negativas de los inmigrantes hispanos y asiáticos están estrechamente asociadas a las ansiedades económicas personales, sea personal o social (Citrin et al., 1990a). En efecto los blancos generalmente no ven que tal inmigración les afecte actualmente mucho.
  6. Creo que es más inaceptable para el joven que para el anciano; ver Bobo y Kluegel, 1991; Kluegel, 1990; Schuman, Steeh & Bobo, 1985.
  7. El voto a David Duke en Louisiana fue mayor entre aquellos que sus propias finanzas personales fueron dañadas. Esto no se encuentra habitualmente en la literatura pero es un signo de que las tensiones económicas podrían alimentar más racismo (New York Times, 17 Noviembre, 1991).
- 

### Referencias

- Bobo,L.(1983): White's opposition to busing: Symbolic racism or realistic group conflict?. *Journal of Personality and Social Psychology*, 45, 1196-1210.
- Bobo,L.(1988): Group conflict, prejudice, and the paradox of contemporary racial attitudes. En P.Katz & D.Taylor (Eds.): *Eliminating racism: Profiles in Controversy*. New York: Plenum.
- Bobo,L.(1991): Social responsibility, individualism and redistributive policies. *Sociological Forum*, 6, 71-92.
- Bobo,L.-Kluegel,J.R.(1991): Economic-versus race-targeted policy: Public opinion on the new liberal welfare agenda. Paper presented at the annual meeting of the American Association of Public Opinion Researchers, Phoenix, Arizona.
- Carmines,E.G.-Stimson,J.A.(1989): *Issue evolution: Race and the transformation of American politics*. Princeton: Princeton University Press.
- Citrin,J.Green,D.P.-Reingold,B.-Walters,E.P.(1990): The official English movement and the symbolic politics of language in the United States. *Western Political Quarterly*, 43, 85-108.
- Citrin,J.-Green,D.P.-Reingold,B.-Sears,D.O.(1990): White reactions to black candidates: When does race matter?. *Public Opinion Quarterly*, 54, 74-96.
- Citrin,J.-Reingold,B.-Green,D.P.(1990): The politics of ethnic change. *Journal of Politics*, 52, 1124-1154.
- Converse,P.E.,Clausen,A.R.-Miller,W.E.(1965): Electoral myth and reality: The 1964 election. *American Political Science Review*, 59, 321-336.
- Davis,J.A.(1991): Changeable weather in a cooling climate atop the liberal plateau: Conversion and replacement in 42 GSS items, 1972-1989 (Social Change Report No. 33). National Opinion Research Center and Harvard University.

- Dovicio, J.F.-Gaertner, S.L. (Eds.) (1986): *Prejudice, Discrimination, and Racism*. New York: Academic Press.
- Edsall, T.B.-Edsall, M.D. (1991, May): When the official subject is presidential politics, taxes, welfare, crime, rights, or values ... the real subject is race. *The Atlantic Monthly*, pp. 53-86.
- Firebaugh, G.-Davis, K.E. (1988): Trends in antiblack prejudice, 1972-1984: region and cohort effects. *American Journal of Sociology*, 94, 251, 272.
- Gamson, W.A.-Modigliani, A. (1987): The changing culture of affirmative action. *Research in Political Sociology*, 3, 137-177.
- Higham, J. (1985): *Strangers in the land: Patterns of American nativism 1860-1925*, 2nd. New York: Atheneum.
- Hochschild, J.L.-Herk, M. (1989): «Yes but ...»: Principles and caveats in American racial attitudes. En J.Chapman (Ed.): *NOMOS: Majorities and minorities: Political and philosophical perspectives*. New York: New York University Press.
- Howell, S.E. (1991): Race, economics, trust and David Duke. Paper presented at the annual meeting of the American Association for Public Opinion Research, Phoenix.
- Iyengar, S.-Kinder, D.R. (1987): *News that matters: Television and American opinion*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Katz, I.-Wackenhut, J.-Hass, R.G. (1986): Racial ambivalence, values duality and behavior. En J.F.Dovidio & S.L.Gaertner (Eds.): *Prejudice, discrimination, and racism*. New York: Academic Press, (pp. 35-60)
- Kelley, H.H. (1972): Attribution in social interaction. En E.E. Jones et al. (Eds.): *Attribution: Perceiving the causes of behavior*. Morristown, N.J.: General Learning Press.
- Kinder, D.R. (1986): The continuing American dilemma: White resistance to racial change forty years after Myrdal. *Journal of Social Issues*, 42, 151-171.
- Kinder, D.R.-Sears, D.O. (1981): Prejudice and politics: Symbolic racism versus racial threats to the good life. *Journal of Personality and Social Psychology*, 40, 414-431.
- Kleppner, O. (1985): *Chicago divided: The making of a Black mayor*. DeKalb, IL: Northern Illinois University Press.
- Kluegel, J.R. (1990): Trends in whites' explanations of the black: White gap in Socioeconomic status, 1977-1989. *American Sociological Review*, 55, 512-525.
- Lane, R.E. (1986). Market justice, political justice. *American Political Science Review*, 80, 383-402.
- Levine, R.A.-Campbell, D.T. (1972): *Ethnocentrism: Theories of conflict, ethnic attitudes, and group behavior*. New York: Wiley and Sons.
- Lipset, S.M. (1991): Two Americas, two value systems: Blacks and whites. Working Papers in Political Science P-91-1, Hoover Institution, Stanford University.

- Lipset, S.M.-Raab, E. (1978): *The politics of unreason*. Chicago: The University of Chicago Press, (2nd ed.).
- Lipset, S.M.-Schneider, W. (1978): The Bakke case: How would it be decided at the bar of public opinion?. *Public Opinion*, 1, 38-44.
- Margolis, M.-Haque, K.E. (1981): Applied tolerance of fear of government?. An alternative interpretation of Jackman's findings. *American Journal of Political Science*, 25, 241-255.
- McConahay, J.B. (1986): Modern racism, ambivalence, and the modern racism scale. En J.F. Dovidio & S.L. Gaertner (Eds.): *Prejudice, discrimination, and racism*. New York: Academic Press (pp. 91-126).
- McConahay, J.B.-Hardee, B.B.-Batts, V. (1981): Has racism declined in America?. It depends up who is asking and what is asked. *Journal of Conflict Resolution*, 25, 563-579.
- Myrdal, G. (1944): *An American Dilemma*. New York: Harper and Row.
- Report of the national Advisory Commission on Civil Disorders. March 1, 1968.
- Roth, B.M. (1990): Social psychology's «racism». *The Public Interest*, 98, 26-36.
- Runciman, W.G. (1966): *Relative deprivation and social justice*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Schuman, H.-Steeh, C.-Bobo, L. (1985): *Racial trends in America: Trends and interpretations*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Sears, D.O. (1983): The persistence of early political predispositions: The roles of attitude object and life stage. En L. Wheeler & P. Shaver (Eds.): *Review of personality and social psychology*. Beverly Hills, CA: Sage Publications, (vol. 4, pp. 79-116).
- Sears, D.O. (1988): Symbolic racism. En P.A. Katz & D.A. Taylor (Eds.): *Eliminating racism: Profiles in controversy*. New York: Plenum Press, (pp. 53-84).
- Sears, D.O. (1984): The trajectory of local desegregation controversies and whites' opposition to busing. En N. Miller & M.B. Brewer (Eds.): *Groups in contact: The psychology of desegregation*. New York: Academic Press (pp. 123-151)
- Sears, D.O.-Citrin, J. (1985): *Tax revolt: Something for nothing in California* (Enlarged ed.). Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Sears, D.O.-Citrin, J.-Kosterman, R. (1987): Jesse Jackson and the Southern White Electorate in 1984. En L.W. Moreland, R.P. Steed & T.A. Baker (Eds.): *Blacks in Southern politics*. New York: Praeger, (pp. 147-170).
- Sears, D.O.-Funk, C.L. (1990): Self-interest in Americans' political opinions. En J.J. Mansbridge (Ed.): *Beyond self-interest*. Chicago: University of Chicago Press, (pp. 147-170).
- Sears, D.O.-Funk, C.L. (1991): The role of self-interest in social and political attitudes. En M. Zanna (Ed.): *Advances in Experimental Social Psychology*, Vol. 24. Orlando: Academic Press (pp. 1-91).

- Sears,D.O.-Huddy,L.(1990): On the origins of political disunity among women. En L.A. Tilly & P. Gurin (Eds.): *Women, politics and change*. New York: Russell Sage Foundation, (pp. 249-277).
- Sears,D.O.-Huddy,L.(1992): The symbolic politics of opposition to bilingual education. En J. Simpson & S. Worchel (Eds.): *Conflict between people and peoples*. Chicago: Nelson-Hall.
- Sears,D.O.-Kinder,D.R.(1971): Racial tensions and voting in Los Angeles. En W.Z. Hirsch (Ed.): *Los Angeles: Viability and prospects for metropolitan leadership*. New York: Praeger.
- Sears,D.O.-Kinder,D.R.(1985): White' opposition to busing: On conceptualizing and operationalizing group conflict. *Journal of Personality and Social Psychology*, 48, 1141-1147.
- Sears,D.O.-Kosterman,R.(1991): Is it really racism?. The origins and dynamics of symbolic racism. Paper presented at the annual meeting of the Midwestern Political Science Association, Chicago.
- Sears,D.O.-Lau,R.R.-Tyler,T.R.-Allen,H.M.Jr.(1980): Self-interest vs. symbolic politics in policy attitudes and presidential voting. *American Political Science review*, 74, 670-684.
- Sears,D.O.-McConahay,J.B.(1973): *The politics of violence: The new urban blacks and the Watts riot*. Boston: Houghton-Mifflin. Reprinted by University Press of America, 1981.
- Smith,T.W.(1987): That which we call welfare by any other name would smell sweeter: An analysis of the impact of question wording on response patterns. *Public Opinion Quarterly*, 51, 75-83.
- Sniderman,P.M.-Brody,R.A.-Kuklinski,J.H.(1984): Policy reasoning and political values: The problem of racial equality. *American Journal of Political Science*, 28, 75-94.
- Sniderman,P.M.-Hagen,M.G.(1985): *Race and inequality: Study in American values*. Chatham, NJ: Chatham House Publishers.
- Sniderman,P.M.-Tetlock,P.E.(1986): Symbolic racism: Problems of motive attribution in political debate. *Journal of Social Issues*, 42, 129-150.
- Sniderman,P.M.-Tetlock,P.E.(1986): Reflections on American racism. *Journal of Social Issues*, 42, 173-187.
- Steeh,C.-Schuman,H.(1991): Changes in racial attitudes among young white adults, 1984-1990. *American Journal of Sociology*.
- Tajfel,H.(Ed.)(1982): *Social identity and intergroup relations*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Vanneman,R.D.-Pettigrew,T.F.(1972): Race and relative deprivation in the urban United States. *Race*, 13, 461-486.
- Wilson,W.J.(1987): *The truly disadvantaged*. Chicago: University of Chicago Press.